

ejércitos. De un lado las confusas pero animadas masas de los paganos con grupos de mujeres que iban delante tocando los timbales y entonando el antiguo canto guerrero:

Las hijas de los valientes,
En blanda alfombra sentadas,
Avergiñan á los que huyen
Y animan á los que avanzan...

y del otro, en firme formación militar, los campeones de la fe, risueños ante la muerte, que se enardecen hasta llegar á un arrojo sobrenatural con la palabra del enviado del mismo Dios, que les anima y les promete la victoria ó los gozes del paraíso. Son dos mundos que se hallan frente á frente, representados por algunos centenares de hombres.

De las filas de los de la Meca, cuando las mujeres se hubieron retirado á retaguardia de los combatientes, salió el primero Abu Amir, el hanife, emigrado de Medina con sus compañeros. Apostrofó á sus compatriotas de la tribu de Ans para disuadirles del combate, pero ellos le contestaron con injurias. Entonces empezaron las acostumbradas luchas individuales: estas tuvieron efecto esta vez especialmente por la bandera de los koreischitas. Llevarla era el cargo honorífico de los Abd Ed-Dar; así, pues, cuando el abanderado Talha, hijo de Abd El-Osa, hubo caído á los golpes de Ali, cogió su hermano la bandera, y así sucesivamente perecieron en su defensa nueve héroes de la familia, hasta que por último Sowab, esclavo, se sacrificó por ella. Cuando le fueron cortadas primero la mano derecha y despues la izquierda, rodeó con sus brazos la bandera, arrojándose con ella al suelo y cubriéndola con su cuerpo, y gritó, al propio tiempo, á sus señores: «¿He hecho ya bastante?» y entonces murió él también bajo la espada de su adversario. El desenlace de casi todos los demás combates singulares resultó favorable á los musulimes. En vano Jalid, hijo de Walid, de la casa Mahsum, que en esta ocasión daba la primera prueba del incomparable genio militar que le convirtió mas tarde en el mas grande de los generales conquistadores del mundo entre los árabes, se esforzaba tenazmente por penetrar con sus jinetes por el flanco enemigo; los arqueros de Abdallah cumplieron su deber y lo rechazaron siempre. Finalmente, empezaron á vacilar los de la Meca; un grupo de creyentes logró romper sus filas, y parecía ya próxima á completarse su derrota; pero á la vista del campamento en que habian ya penetrado, provisto de todo lo apetecible, se despertó la codicia árabe de los campeones de la fe, y, olvidando por un momento el fatídico grito de guerra: «¡Mata, mata!» que en todos los campos de batalla era el terror de los infieles, cayeron sobre el rico botín. Presenciáronlo desde su altura los arqueros; en el momento sobrecogió á estos excelentes guerreros el temor de llegar demasiado tarde al pillaje, y, sordos á las voces de mando de Abdallah que trataba de impedirlo, todos, menos unos pocos, se precipitaron también en salvaje desorden, desde su puesto, sobre el campamento de los enemigos. Jalid, que habia seguido con la presencia de ánimo de un general consumado todos los incidentes de la batalla, aprovechó entonces el momento favorable con la rapidez del rayo, arrolló á los pocos arqueros que habian permanecido fieles á su deber y se arrojó sobre el flanco descubierto de los musulimes; y como los demás koreischitas se lanzaron también con nuevo ardor sobre los contrarios, desordenados y atolondrados por el repentino cambio de situación, ni la bravura despreciativa de la muerte de los mejores hombres de Mahoma consiguió recuperar las ventajas perdidas. Mientras distinguiéndose entre todos peleaba en vano Hamsa como un leon, y los demás eran llevados de una á otra parte por las oleadas de la lucha,

cayó de improviso el Profeta mismo con alguno de sus fieles entre un espeso grupo de gente de la Meca, y cuando él se defendía con todas sus fuerzas y los suyos le cubrían con sus cuerpos lo mejor que podían, recibió varias pedradas que le rompieron un diente de la parte derecha del maxilar inferior, le hundieron dos anillos del almete en la cara y le hirieron en una rodilla; una flecha que le iba dirigida la cogió Talha, hijo de Obeidallah, con su propia mano; entonces le acertó un sablazo que le hizo caer en un hoyo que allí cerca habia y pareció perdido. Sin embargo, Talha continuaba peleando, hasta que atontado por una herida en la cabeza, cayó en tierra. Resonó entonces el grito: «¡Mahoma ha muerto!» y mientras una gran parte de los creyentes, presa de pánico, subía por la garganta y se refugiaba en el monte, el enemigo, rebosando alegría por el éxito de su venganza, cejaba poco á poco en la lucha, cuyo objeto parecia ya logrado. En el ínterin, se reunieron algunas fuerzas en torno del pequeño grupo, y Mahoma, que solo habia sido derribado pero no herido del sablazo, se habia vuelto á levantar y fué llevado á toda prisa á la altura por la vertiente. Allí se habian ido reuniendo los dispersos de todos los lados del campo de batalla, menos los que habian tomado el camino de Medina, donde corrió de boca en boca la consoladora noticia de que el enviado de Dios se habia salvado. En el llano se jactaba todavía Ibn Kamia, cuya espada habia tocado á Mahoma, de que habia dado muerte al gran enemigo, cuando ya habia llegado hasta allí el rumor contrario. Abu Ssofyan, pasando á caballo por encima de los muertos, se acercó al monte hasta que estuvo al alcance de la voz; á su pregunta contestó Omar que el Profeta no habia muerto y que todavía le prepararia el desquite. «Pues bien, el año que viene nos volveremos á encontrar en Bedr,—gritó el infiel.—Sí, allí será el encuentro,» fué la contestación.

Si bien se habia evitado lo peor, con todo los infieles tenian razon para cantar el triunfo. Mientras su propia pérdida solo habia sido de 27 hombres, cubrían el campo de batalla 74 musulimes, entre ellos Hamsa, tío del Profeta, «el leon del Islam.» Un esclavo negro llamado Wahischi, avezado desde su africana patria al manejo del dardo, le habia atravesado con su arma, mientras Hamsa arremetia contra él. Sobre su cadáver dícese que Hind, esposa de Abu Ssofyan é hija de Otba, muerto en Bedr por Hamsa, sació su furor por medio de vergonzosas mutilaciones; los historiadores refieren que hasta habia mordido su hígado, que Wahischi le habia sacado; de ahí que al hijo de aquella, Mo'awya, dada la inclinación de los musulimes á adoptar sobrenombres sacados de toda clase de incidentes, le llamasen los posteriores «hijo de la comedora de hígado.» Esto es cuando menos una gran exageración de la tradición, si bien no es extraño que sucedieran profanaciones de cadáveres de enemigos. De semejantes profanaciones hallamos ejemplos en todos tiempos y países; no hay, pues, motivo para achacar especialmente á los árabes tales atrocidades; los cristianos montenegrinos no proceden de otra suerte en pleno siglo XIX. Despues que los de la Meca hubieron gozado de su venganza, recogieron sus heridos y muertos y emprendieron el regreso á su país. No debe extrañarse que no hicieran tentativa alguna para apoderarse de la ciudad ó para perseguir á los musulimes en el Ojod. Para atreverse á lo primero, no tenian bastante fuerza, ni motivo tampoco contra los «hipócritas» y judíos; lo último solo hubiera sido posible empleando todas sus fuerzas en una larga y fatigosa lucha de guerrillas, pues que los creyentes podian fácilmente encontrar un camino de regreso á Medina al través de las montañas. Además, los siempre cómodos señores de la

Meca, no habian salido vencedores precisamente para imponerse despues nuevas fatigas; probablemente ni aun siquiera pensaron en ello. Se habian vengado de lo de Bedr, causado una sensible derrota al enemigo y muerto á algunos de sus principales hombres: esto bastaba segun las antiguas ideas árabes, y no calcularon nada mas. Nadie, fuera de Mahoma y sus íntimos, tenia en toda la Arabia siquiera presentimiento de algo parecido á una política que mira hácia el porvenir próximo y remoto. Así, pues, los buenos koreischitas regresaron á su patria ébrios de la victoria y confiados.

Pero si sus mismos enemigos se cuidaban de que su descalabro no tuviese consecuencias demasiado graves, no era por eso envidiable la situación de Mahoma. Los creyentes no tenian en verdad motivo para llamarse á engaño. Cierto que despues de haberse él decidido á la expedición, les habia prometido la victoria con el auxilio de Dios, pero ¿no habia también añadido expresamente las palabras «si permanecéis firmes?» Y ¿no habian vencido mientras obedecieron las órdenes del Profeta? ¿No habia sido la derrota final el merecido castigo divino por la indisciplina de que habian dado pruebas? Estas eran reconvenções cuya justicia debieron reconocer los musulimes tan pronto como Mahoma comenzó á hacérselas en nombre de Dios; pero mezclábanse con ellas tantas indicaciones del perdón del Altísimo que no faltaria á los arrepentidos, y tantas invectivas contra los infieles, que muy luego no solo desapareció toda duda sino también todo pesar de las filas de sus partidarios. Ya nos podemos imaginar el placer que la derrota proporcionaria á los «hipócritas» y á los judíos, y si antes de la batalla no estaba Mahoma en situación de habérselas con ambos, como lo habria deseado, despues de las pérdidas sufridas debió reprimirse bastante durante algun tiempo hasta encontrar una ocasión favorable para recuperar el terreno perdido. No se le puede negar que él, que estaba bastante debilitado por las heridas recibidas, que aunque no graves no dejaban de ser dolorosas, hizo con gran firmeza y el valor moral que nunca le faltó en trances apurados todo lo mas conducente para atenuar la mala impresión del desastre. La batalla habia durado hasta el medio día, y á la puesta de sol ya asistia Mahoma á la oración en la mezquita. A la mañana siguiente, despues de la primera oración, Bilal recibió orden de convocar á los combatientes del Ojod: el enviado de Dios queria perseguir á los infieles; ninguno que no hubiese asistido al combate del día anterior podia tomar parte en la nueva expedición. Esto era poco peligroso, porque los koreischitas entretanto iban ya muy adelante, pero tenia asomos de alguna cosa. Cuando llegó á Hamrá el-Asad, pequeña población á tres millas (1) al Oeste de la ciudad, mandó hacer alto y quedó allí acampado durante tres días; por la noche mandó encender hogueras en todos los montes vecinos para que llegara hasta muy lejos la noticia de que habia perseguido á los koreischitas.

También se esforzó por demostrar que nada se habia alterado á consecuencia de la batalla. Poco despues del regreso tuvo noticia de que un jasadchita habia dado muerte, aprovechando la confusión del Ojod, á un protegido de los ans en quien tenia que vengar, todavía desde la época en que aun eran paganos, la muerte de su padre. Esta era una grave transgresión de la ley que habia abolido la venganza de la sangre entre los creyentes; Mahoma mandó decapitar, sin otro procedimiento, al culpable por mano de un ansita. Por otra parte creyó necesario infundir respeto á los beduinos

(1) Ocho ó diez millas arábigas, de las cuales cada una es un poco mas de $\frac{1}{4}$ de milla alemana (2,000 metros próximamente). No se debe, pues, confundir este lugar con el actual Dar El-Hamrá, que dista unas 13 millas alemanas de Medina, y al cual era imposible haber llegado en un día.

del Este, los cuales al tener noticia de lo ocurrido en Ojod empezaron á agitarse. En especial se supo que los Benu Asad, israelitas que tenian sus tiendas á unas cincuenta millas al Nordeste de Medina, se preparaban para una algarada contra la ciudad á las órdenes de su caudillo Toleiha. Mahoma envió á Abu Sálama, su hermano de leche y próximo pariente, con 150 hombres. A pesar de la larga distancia llegaron sin incidentes al terreno de pastos de los Asad; pero segun costumbre de los beduinos, estos desaparecieron y solo se les pudo coger algun ganado. Al regreso se le abrió á Abu Sálama una herida que habia recibido en Ojod, de cuyas resultas murió; su esposa, que al parecer era hermosa, se casó cuatro meses despues con el Profeta.

La pequeña expedición no bastó para borrar la impresión de la victoria de los de la Meca en las tribus de la Arabia central. Como amigos que eran de los koreischitas, cuyas ferias solian frecuentar regularmente, estaban prevenidos contra Mahoma; pero sus prevenciones debieron exacerbarse al ver que este, que apenas acababa de recibir tan dura lección, no desistia de extender su poderío hácia su territorio. Así, pues, por aquel tiempo (tal vez en mayo de 625) no les fué muy bien á dos pequeños destacamentos que Mahoma habia enviado hácia el Este y al Sur con intenciones pacíficas, segun se dice. Si se traza una línea entre Medina y la Meca, quedan al Este de esta línea, en el Nedschd, los territorios habitados por las grandes tribus Ssoleim, Hawasin y Hodheil. A los Hawasin pertenecian los Benu Amir de Ssa'sa'a (2), de los cuales habia ido á Medina un anciano caudillo, Abu'l-Bará Amir, porque habia oido hablar de Mahoma y deseaba conocerle. Mahoma le recibió amistosamente y le propuso que abrazara el Islam. Aquel no se negó á la conversión, pero deseaba efectuarla juntamente con su tribu; podian enviarse mensajeros de la fe de Medina á los Amir para instruirlos, y él garantizaba su seguridad. Mahoma quedó muy satisfecho y envió á 40 (segun otros 70) jóvenes de Medina, muy conocedores del Corán; pero cuando llegaron á la tierra de los Amir, no lo llevó á bien un sobrino de Abu'l-Bará Amir, Ibn El-Tofeil, y como sus compañeros de tribu no quisieran menospreciar el salvo-conducto de su tío, se dirigió con una partida de los vecinos Ssoleim al encuentro de los enviados y los mató junto á la fuente Ma'una, á 10 millas al Sudoeste de Medina, exceptuando á uno, que llevó á su país la noticia de la suerte de sus compañeros. Peor les sucedió á otros siete que fueron enviados hácia el Sur, segun unos también como misioneros, pero mas probablemente para espiar los alrededores de la Meca. Cuando hubieron llegado á Er-Radschi, en el territorio de los Hodheil, cayeron sobre ellos gente de los Benu Lilyan al parecer instigadas por los de la Meca, ó, como también se refiere, irritadas por el asesinato de su caudillo, ejecutado por orden de Mahoma bajo pretexto de que habia proyectado una expedición contra Medina. Sea de ello lo que fuere, mataron á cuatro de los de Medina; tres se entregaron prisioneros, uno de los cuales intentó escapar en el camino y fué muerto á pedradas, siendo vendidos los otros dos en cien camellos por los beduinos á los koreischitas, los que se complacieron en verlos morir alanceados por los hijos de los muertos en Bedr.

Mahoma comprendió que por lo pronto no era posible nada hácia la Arabia central; sin embargo, necesitaba algun éxito para los creyentes, con objeto de cumplir las promesas con que habia fortalecido de nuevo su confianza despues de la batalla de Ojod; y naturalmente, fueron otra vez los judíos las víctimas escogidas al efecto. Inmediatamente des-

(2) Existe también un Amir de Rab'a, perteneciente á las tribus de Wail; estos vivian mucho mas hácia el Nordeste.

pues de su derrota consideró, sin duda, mas prudente aguardar hasta ver si amenazaban nuevos peligros del exterior; tambien pudo ser que considerara necesario restablecer primero entre los suyos la acostumbrada disciplina. De cualquier modo, debió de encontrarse seguro medio año despues de la batalla; parece que por aquella época tenia motivos para suponer que los demás judíos todavía podian confiar menos que los kainokás en el apoyo de los «hipócritas.» No quedaban ya mas que dos tribus de judíos, los Benu Nadir y los Benu Koreiza; estos moraban al Sudeste y aquellos al Sur de la ciudad propiamente dicha, en arrabales fortificados. Ambos pelearon en la batalla de Bo'ath contra los jasadachs, y aun cuando los «hipócritas» hubiesen tenido mas perspicacia política que la de que se podian jactar, difícilmente habria podido Abdallah Ibn Ubay dominar el recuerdo de la antigua enemistad hasta el punto de prestarles auxilio armado contra los musulimes. La tradicion le acusa claramente de haber engañado de una manera insidiosa a los judíos: esto es con seguridad una exageracion. De todos modos, no hizo nada cuando Mahoma, con un fútil pretexto,—el ángel Gabriel le habia informado de que uno de los judíos le queria asesinar,—exigió a los Benu Nadir, la mas débil de las dos tribus, que desocuparan su territorio, y cuando habiéndose ellos negado a tal exigencia, fueron sitiados en su barrio, como a una milla al Sur de la ciudad. Tampoco los koreiza se dispusieron a prestar ayuda a sus correligionarios, sino que se disculparon con el pacto que tenian con Mahoma. El sitio duró 14 días, y como amenazara prolongarse demasiado, mandó talar uno de los huertos de palmeras en que consistia la principal propiedad de los Nadir. Esto era contra el uso árabe de la guerra: a causa de la pobreza del país y del largo tiempo que necesita la palmera para dar fruto, la mitad de la Arabia habria muerto de hambre tiempo hacia si no hubiese sido costumbre entre los beligerantes respetar árbol tan indispensable. Así, esta medida causó bastante disgusto hasta entre los creyentes, y se hizo necesaria una revelacion especial para justificarla. Por último, los judíos se manifestaron dispuestos a capitular con la condicion de emigrar con sus mujeres é hijos llevándose sus bienes muebles; solo debian hacer entrega de sus armas. En el décimoquinto día salieron de allí al són de timbales é instrumentos de cuerda,—nosotros diríamos con los honores de la guerra,—primero hacia Heibar, gran colonia judía á veinte millas al Norte de Medina; allí quedaron algunos de ellos y los otros se dirigieron como anteriormente los kainoká hacia la comarca oriental del Jordan.

Mas importante que las armas de que se hizo presa en los barrios desocupados, fué para Mahoma el extenso territorio que habian dejado los judíos. El terreno al Sur de Medina era entonces, como hoy, fértil, y, por lo mismo, estaba cubierto de campos de trigo y de palmeras. Con este motivo adoptó entonces el Profeta una medida muy oportuna. En lugar de repartir las tierras entre los que habian tomado parte en el sitio, las concedió, de acuerdo con los de Medina, á sus compañeros de emigracion, que hasta entonces habian dependido exclusivamente de la hospitalidad de los ansares, pero que así quedaron en posición independiente. Mahoma justificó su proceder fundándose en que aquella posesion no se habia logrado por medio de lucha sino por vias pacíficas, mediante capitulacion, y se reservó tambien para el porvenir el derecho de disponer á su arbitrio de semejantes adquisiciones; decision que posteriormente debia ser de la mayor importancia para la extension de las conquistas musulmicas mas allá de las fronteras de la Arabia.

En esta misma época puede tal vez colocarse la revelacion

contenida en el cap. 5, 92-93, del Corán, que promulga la conocida prohibicion de beber vino. Motivase esta, así como la que á ella va unida del meisir, favorito juego de azar, en que ambas cosas tendian á producir enemistad y odio entre los creyentes y á hacer descuidar la oracion. En efecto, los antiguos árabes eran muy dados á la bebida y al juego, y se comprende que en interés de la disciplina se debia poner coto á estos vicios. No nació, pues, la prohibicion de una tendencia ascética.

El brillante resultado de la empresa contra los Nadir, que ante todo habia asegurado la existencia material de los compañeros de emigracion, núcleo de los ejércitos de Mahoma, permitió al Profeta descansar durante algun tiempo. Solo á principios de 626 (Dhu'l-K'ada, 4) le encontramos otra vez en marcha, y, por cierto, al frente de 1,500 hombres: el número de sus partidarios es aquí doble que el que tenia en el Ojod, ya fuera porque entretanto la expulsion de los Nadir abriera á muchos los ojos acerca de la «eficacia de la fe,» ya porque algunas de las pequeñas tribus que habia entre Medina y el mar se hubiesen agregado á la expedicion, como, por ejemplo, los Benu Aslam, que vivian muy cerca de Medina, y que á la sazón aparecen siempre en primer término como fieles aliados. Se trataba del encuentro convenido el año anterior entre Abu Ssofyan y Omar. Ciertamente los de la Meca por su parte no tenian deseo alguno de comparecer; tenian otros planes cuya ejecucion exigia mas tiempo y antes de cuya madurez no les convenia exponer su causa á ningun riesgo. Por eso habian procurado hacer correr en Medina, por medio de viajeros, rumores exagerados sobre los grandes armamentos que se preparaban en la Meca para el encuentro, y habian contado con tanta seguridad que los musulimes se dejarian intimidar de este modo, que solo por cubrir las apariencias emprendieron la marcha á Bedr. Pero ya en Madschanna, á tres millas de la Meca, volvieron grupas con el propósito de pretender despues que la noticia de que no pensaban acudir á la cita los musulimes habia sido la causa de su retirada. De esta suerte no les faltaron las burlas cuando se supo que Mahoma se habia presentado en Bedr con todo esplendor al frente de numerosas fuerzas, y que hasta los de Medina,—habiendo entonces allí precisamente mercado,—habian llevado consigo géneros y traficado con gran provecho sin ser molestados.

La historia de esta expedicion es muy confusa y está plagada de contradicciones cuya investigacion no es de este lugar. No creo que se deba llegar hasta el extremo de negarla por completo. Los hechos sucederian sencillamente así: Mahoma juzgaria conveniente visitar esta vez la feria que se celebraba todos los años en Bedr en el mes Dhu'l-K'ada y presentarse allí con especial pompa para imponer y sujetar de nuevo á las tribus de la costa, que desde lo del Ojod habian tal vez dado señales de que se relajaba su adhesion. Hacia fines del mismo mes acostumbraban á celebrar igualmente los koreischitas todos los años mercado en Madschanna, y acaso se creeria despues necesario encontrar alguna relacion íntima entre estos dos hechos, y así se pudo haber formado poco á poco la historia del encuentro convenido y de la incomparecencia de los de la Meca (1).

Sea de ello lo que fuere, los koreischitas tenian buenas razones para permanecer tranquilos aquel año. Encontramos en la tradicion varios puntos en que apoyarnos para suponer que Abu Ssofyan veía naturalmente mas allá que sus demás paisanos. Su hijo Mo'awya se convirtió despues en uno de los políticos mas sagaces de aquellos tiempos, y algunas de

(1) La hipótesis queda incierta, porque la tradicion acerca de la fecha de la expedicion de Mahoma es muy variable; la mas arriba indicada es muy posible que haya sido calculada artificiosamente.

estas cualidades debia ya de poseer el padre. Lástima grande que la tradicion nos ofrezca raros medios de formar juicio exacto de los sucesos de la Meca; pero de todos modos nos muestra á los omayas como el verdadero elemento de empuje, aunque, por cierto, rara vez logra arrastrar á sus indolentes conciudadanos, que solo pensaban en lo que tenian mas cerca. En aquella ocasion, sin embargo, en que todos debian comprender que la victoria del Ojod no habia conducido á nada, los encontró Abu Ssofyan dispuestos á reconcentrar todas sus fuerzas para un golpe decisivo, que debia dirigirse al propio nido del traidor á la patria y de sus aliados, á la misma ciudad de Medina. Esto no se podia emprender sin tener que habérselas tambien con los «hipócritas,» y no era posible arriesgar tan solo con las fuerzas koreischitas un sitio y la lucha en las calles, que fácilmente sobrevendria, porque Medina tenia en su recinto á lo menos 2,000 guerreros decididos. Por eso Abu Ssofyan trazó el único plan acomodado á las circunstancias: una gran coalicion de todas las tribus enemigas del Islam ó de las que se pudieran ganar con dinero y buenas palabras, para emprender una campaña decisiva contra Medina. Vínole á ayudar en esto el influjo de los Nadir que habian quedado en Heibar, los cuales lograron convencer á sus correligionarios de allí de la necesidad de una defensa comun contra las cada dia mas atrevidas usurpaciones de Mahoma. Los judíos de Heibar eran gentes de buena posición y acogieron con la mejor voluntad la idea de la gran empresa (que la tradicion les atribuye aunque sin razon), mostrándose dispuestos á todo género de sacrificios. Fué fácil despues ganar á las grandes tribus de la Arabia central, los soleim y los gatafan, y se refiere que los judíos prometieron á estos últimos por su apoyo la mitad de la cosecha de dátiles de Heibar del año siguiente. A estas siguieron las tribus mas pequeñas de las cercanías de la Meca, que estaban intimamente ligadas con los koreischitas, y por último los Benu Asad, que habitaban al Este de los soleim. Estas tribus, independientemente de la recompensa prometida y del botin en perspectiva, tenian, en verdad, motivo para recelar de Mahoma, con quien ya habian tenido ocasion de estar en contacto poco amistoso y de cuyo territorio no distaban sus pastos.

Aunque las minuciosas negociaciones entre Heibar, la Meca y las tribus, se llevaron con todo el secreto posible, debieron de llegar á Medina confusos rumores de ellas; á lo menos, vemos á Mahoma durante todo el año 5 (626) hacer tentativas en diferentes sentidos, como si quisiera romper la red que amenazaba envolverle: así se dirigió contra los gatafan, los cuales á su aproximacion, como de costumbre, desaparecieron aunque dejando tras sí algunas mujeres y ligero botin; y despues marchó hacia el Norte, donde los caminos comenzaban á ser inseguros (1). Aquí se coloca por algunos el asesinato de Abu Rafi, cometido por un enviado del Profeta. Era caudillo de los Nadir, en Heibar, y se ocupaba con celo en las negociaciones referentes á la coalicion: esto debió de llegar á oídos de Mahoma. Otros refieren que solo fué muerto despues de la guerra de coalicion, como castigo de su participacion en ella. Por último, ocurriria tambien en el mismo año probablemente la expedicion contra los Benu

(1) La llamada «primera expedicion á Dumat-el-Schandal.» Este es el oasis llamado ahora El-Schöf, que está situado á 30° lat. N., entre el desierto norte-arábigo y el sirio. Este está á unas 85 millas alemanas de Medina y se necesitaban 15 días para llegar allí, pero este período de tiempo fué justamente el que duró la ausencia de Mahoma. La tradicion mas antigua hace observar expresamente que «él no llegó hasta allí;» el nombre, pues, solo debió ser añadido primitivamente para indicar la direccion de la expedicion, que, por otra parte, siempre debia pasar por el territorio de los gatafan.

Mostalik, subtribu de los Josa'a, que moraban en las cercanías de la Meca, los cuales, por lo demás, parecian estar en relaciones amistosas con Mahoma. El camino era cómodo al través de comarcas conocidas y se esperaba hallar botin, por lo que esta vez se juntaron muchos «hipócritas,» entre ellos el mismo Ibn Ubay. La pequeña tribu intentó una corta resistencia, pero pronto debió ceder ante la superioridad del número, entregándose á los de Medina, que les atacaban por todos lados. Cayó, además, en manos de estos todo el campamento con su contenido de 2,000 camellos, 500 cabras y ovejas, 200 mujeres, etc., etc. Repartióse el botin, pero cuando despues Mahoma se casó con una de las jóvenes prisioneras, llamada Schuweiriya, que le agradó especialmente, dió libertad por amor de ella á una parte de los cautivos; los demás fueron puestos en libertad en Medina previo rescate.

La razzia fué fácil y provechosa, pero produjo antes de terminar dos incidentes bastante desagradables. Poco antes de emprender la retirada se suscitó por motivo baladí una reyerta entre uno de los «compañeros de emigracion» y un «hipócrita.» Ambos pidieron auxilio á sus compatriotas, y costó bastante evitar la lucha abierta y restablecer la paz, por la intercesion de los mas prudentes. Pero se habian cruzado palabras fuertes, y en especial Abdallah Ibn Ubay se habia expresado de modo tan amenazador que Mahoma no pudo permanecer en silencio. Ante un rompimiento violento se arrojó Abdallah y se decidió á negar sus palabras ó á darles una interpretacion inofensiva. Pero no aumentó esto la buena voluntad mútua, y en el cap. 63 vemos todavía las acerbas injurias que Mahoma pronunció poco despues contra los «hipócritas.» El otro incidente dió lugar, con referencia á los asuntos domésticos del Profeta, á la maledicencia y al escándalo, y no dejó tampoco de ejercer su influjo en la historia posterior del Islam. Como no habia ningun peligro que temer en la expedicion, el Profeta habia llevado consigo á dos de sus mujeres, Omm Sálama y Aischa. Esta última habia sido desde el principio su favorita; tenia entonces apenas catorce años de edad, y con su natural alegre sabia regocijarse siempre al hombre, que se iba haciendo viejo y estaba á menudo cargado de cuidados, así como despues, con su indudable talento, supo conservar sobre él su influencia hasta sus últimos días. Durante el regreso habia hecho alto el ejército por la tarde cerca de Medina; pero antes de romper el día, y mas pronto de lo que se esperaba, resonó de repente el orden de marcha, precisamente cuando Aischa se habia alejado para buscar un collar de conchas de la Arabia del Sur que habia perdido poco antes en un corto paseo. Logró encontrarlo, pero cuando volvió habia ya desaparecido el ejército llevándose á su camello, en el cual se la suponía encerrada en su litera. No le quedó mas remedio que aguardar allí mismo, y en efecto, poco despues pasó un rezagado, Safwan Ibn El-Mo'attal, que la conoció, la sentó en su camello y la condujo á Medina. La aparicion allí de la esposa del Profeta sola, con un jóven, causó extrañeza, que muy pronto dió lugar á habladurías maliciosas, las cuales debieron de llegar tambien á oídos de Mahoma, pues pronto conoció Aischa para su mortificacion que él, que siempre la habia preferido de todos modos á todas sus demás mujeres, la descuidaba por completo. Como esto durara y las habladurías llegaran tambien á sus oídos, enfermó y pidió, por último, permiso para trasladarse á casa de su padre Abu Bekr, permiso que le fué concedido. El regreso á la casa paterna era considerado, segun costumbre, como señal de separacion, y entonces, además de los «hipócritas,» contentos por encontrar pasto para sus murmuraciones, hizo coro con las malas lenguas, y mas que todos, el poeta particular de Mahoma, Hassan Ibn Thábit, de quien solia ser-